



## ANTÍGONA: EL CONFLICTO ENTRE LA LEY DIVINA Y LA LEY HUMANA

### *ANTIGONE: THE CONFLICT BETWEEN DIVINE LAW AND HUMAN LAW*

KARÍN YARDENÍ TIRADO SILVA\*

Universidad Nacional de Cajamarca

*ktirados\_epg16@unc.edu.pe*

Recibido: 4/7/2018

Aceptado: 28/7/2018

#### *Resumen*

El dilema que existe entre obedecer a las leyes divinas o leyes humanas se ha evidenciado en todas las épocas de la humanidad. En *Antígona*, la genial obra de Sófocles, se advierte marcadamente este dilema. Cada uno de sus personajes, con diferentes respuestas y tomas de postura deja claro que este dilema puede terminar con elegir la obediencia a cualquiera de las dos leyes. *Antígona* decide por encima de cualquier ley humana, obedecer a la ley de los dioses, que considera inmutable y justa para todos.

#### *Palabras clave*

Dilema - Ley divina - ley humana - ley no escrita - tirano

#### *Abstract*

The dilemma that exists between the obedience to divine laws or human laws has existed during all the epochs of humanity. In *Antigone*, the great work of Sophocles, this dilemma appears clearly. Each of his characters, with different answers and postures, makes it clear that this dilemma may end with choosing obedience to either of the two laws. *Antigone* decides over any human law, obey the law of the gods, which considers immutable and just for all.

#### *Keywords*

Dilemma - divine law - human law - tyrant - unwritten Law

\* Discente de la Maestría en Derecho Constitucional y Derechos Humanos de la Universidad Nacional de Cajamarca.

## I. INTRODUCCIÓN

En la historia de Antígona, bella, pero con funesto final, se evidencia un conflicto entre la ley divina, establecida por los dioses del Hades, y la ley humana, establecida o, mejor dicho, impuesta por el tirano Creonte.

La historia nos ilustra la lucha que existió y existe hasta nuestros días, sobre el dilema entre obedecer o desobedecer una ley humana (a todas luces injusta) frente a una ley si ya no divina, natural o de la razón.

Antígona, tal como nos narra la historia decide enterrar a su hermano Polinices (muerto a manos de su también hermano Eteocles) pese a que existe una orden expresa de parte del soberano rey Creonte (quien a su vez es tío de los tres personajes), prohibiendo darle sepultura a Polinices e incluso llorarlo, por haberse rebelado e intentando destruir con fuego su ciudad natal, al tratar de recuperar, de su hermano Eteocles, el trono que le correspondía al haber concluido el plazo de gobierno de un año, establecido por ambos.

Al encontrarse intentando dar sepultura y honores fúnebres al cuerpo de su hermano Polinices, Antígona es llevada ante su tío Creonte, quien luego de un unilateral juicio, la condena a morir, sepultándola viva en una cueva con una mínima ración de alimento. Ni siquiera las súplicas de su hijo Hemón -prometido de Antígona- logran hacer que desista de su funesta sentencia quien, yendo en busca de su amada, se suicida ante los ojos de su arrepentido padre, que muy tarde comprende -gracias a los consejos y augurios nefastos del ciego adivino Tiresias- lo errado de su proceder. La historia concluye con el profundo dolor del tirano Creonte, quien llora amargamente no sólo la muerte de su hijo, sino también de su amada esposa Eurídice.

A lo largo de esta historia, respecto del conflicto entre obedecer o desobedecer una ley divina por encima de una ley humana, vemos reflejadas diversas posturas, encarnadas en cada uno de los diversos personajes de esta interesante y reflexiva historia.

Cada personaje, de manera sencilla, nos muestra el cúmulo de actitudes o decisiones que toma un ser humano, cuando se encuentra ante un gran dilema: obedecer una ley humana u obedecer una ley divina.

Es así como, a continuación, pasaré a describir -junto a cada personaje- las actitudes y decisiones que éstos tomaron ante dicho dilema, así como las consecuencias que tuvieron cada una de estas personales decisiones.

### a. La postura de Creonte

Si bien dentro de la historia, Creonte se comporta como un tirano, al que finalmente los dioses terminan castigando con funestas consecuencias, su actitud no se muestra así desde el principio.

Del contenido de la historia se puede advertir que inicialmente Creonte gobernaba rectamente la ciudad de Tebas conforme lo atestigua el propio adivino Tiresias, quien a su vez era su consejero. Creonte asume el gobierno de Tebas convencido, de que el respeto a la patria, debiera ser la primera y fundamental norma que guiara el correcto actuar de sus súbditos, y situando como enemigo personal suyo a aquel que ose atentar contra la ciudad.

El rey considera que lo primordial es la *polis*, su estabilidad política y seguridad interna, la cual defenderá de todo y todos, a costa de lo que sea, sin tener en consideración ni siquiera a su propia parentela.

Es loable, en cierta medida la actitud de un gobernante, que no tiene miramientos para actuar conforme al deber ser, que no tiene miramientos ni preferencias con nadie en absoluto ni siquiera con los suyos; sin embargo, su actuar resulta odioso, cuando poco a poco se convierte en un dictador desconfiado, que quiere imponer una ley creada por el mismo sin aparente razonamiento previo, por encima de las leyes divinas establecidas originariamente y aceptadas por el común del pueblo.

Creonte no acepta que en este mundo existen límites entre el reino de lo divino y el reino humano, su problema principal radica en que con su ley establecida cruza ese límite. Él quiere imponerse en un mundo que no le corresponde, posicionarse por encima de leyes divinas que de modo general son aceptadas como inmutables, quiere controlar incluso las emociones de sus súbditos, con su prohibición de llorar siquiera a Polinices.

Pareciese que le molesta, que su poder no resulte, frente a Antígona, digno de obediencia ciega como sí lo son -para ella- las leyes divinas del Hades.

El gobernante que inicialmente buscaba lo que consideraba lo mejor para su ciudad, se obnubila ante la idea de no contar con un poder y obediencia absolutos, como él reclama.

Tiene una actitud represora frente a un pueblo que, pese a no aprobar su proceder, por temor no eleva su voz de protesta frente a una disposición injusta.

Su actitud tiránica se evidencia en estas tres preguntas que hace a su hijo Hemón: “¿Es que me va a decir una ciudad lo que tengo que decidir? (...) ¿Es que tengo que gobernar este país a gusto de otro que no sea yo? (...) ¿No es norma considerar la ciudad propia del jefe?” En ellas resume abierta y manifiestamente su

posición tiránica por considerar que todo lo dispuesto por él, es lo mejor, lo más “justo” para todos sin detenerse a considerar lo realmente bueno, necesario e importante para su pueblo que ocultamente se opone a su ley.

¿Acaso esta posición se ve también reflejada en nuestros días, en los cuales diversos gobiernos establecen o dictan leyes que provienen de un poder legítimo pero que transgreden los órdenes morales y normales, que muchas veces terminan afectando al propio estado ante la disconformidad del pueblo?

Creonte además es desconfiado. No cree en el amor sincero que le demuestra su propio hijo, cuando con acertada prudencia, le invita a analizar y reconsiderar su conducta tiránica, ni tampoco en el consejo oportuno de su viejo consejero Tiresias, que siempre estuvo a su lado dándole consejo, y que finalmente con sutiles amenazas y funestos augurios logra hacerlo entrar en razón.

Durante los discursos de Creonte, se evidencia además una profunda aversión hacia la mujer, pues considera que es preferible ceder a las presiones de un hombre que ser tachados de vasallos de alguna mujer. Por eso considero que el ensañamiento con Antígona se azuzó más al saber que quien desobedeció su ley había sido una mujer, puesto que cambia la pena que había mandado pregonar para el que fuese hallado culpable de desobedecer su orden: la lapidación, por la muerte mediante el entierro de Antígona en una cueva con un mínimo de alimento.

Creonte tampoco concibe la idea de darle el mismo tratamiento a un traidor que a un “héroe” ni siquiera ante la muerte: “Tienes que saber que jamás el enemigo, ni aun muerto, es amigo”. Curiosamente en muchos países, hasta hoy se tiene esta concepción, por lo que en muchos casos se opta por dar un trato dispar

a los insurrectos o enemigos, desapareciendo incluso sus cadáveres, luego de su aniquilamiento por considerarlos indignos de merecer ser sepultados conforme a sus tradiciones familiares.

### b. La postura de Hemón

Este personaje evidencia una postura conciliadora, pero a su vez crítica, respecto del gobierno autoritario y tiránico que detenta su padre. Si bien no lo contradice al principio, le hace notar que no siempre las decisiones o normas deben ser creadas tomando en cuenta lo que el gobernante quiere o piensa que es mejor.

A pesar de la juventud que tiene se muestra sabio y respetuoso de las leyes divinas, pero sin revelar sus convicciones personales respecto de éstas.

Hemón intenta armonizar las decisiones de su testarudo padre, con las leyes divinas que considera han sido soslayadas por éste. Hace un llamado a la conciencia de Creonte invitándole a actuar con prudencia, aunque solo recibe sus injurias.

Hemón simboliza el sector de la sociedad que, respetando la legitimidad con que cuenta la autoridad establecida, es capaz de acatar sus disposiciones, pero no ciegamente, pudiendo manifestar su disconformidad ante tal autoridad. Este personaje evidencia a su vez “la razón”, al entender que no siempre lo arcaico o lo establecido por autoridades o gobernantes “antiguos” será lo correcto y lo justo para todos, o al menos para la mayoría. Así le señala a su padre:

“Padre, los dioses infunden a los humanos la prudencia, el bien más sobresaliente que existe. Yo no sería capaz ni se me ocurriría argüir que a lo

mejor esto que argumentas tú no es correcto, pero, sin embargo, ¡claro!, puede ser que también otro que vea las cosas de manera distinta tenga razón (...) Por eso, no hagas uso en tu fuero interno de una sola manera de ver las cosas, pensando concretamente que lo acertado es lo que tú afirmas y ninguna otra cosa más (...)”

Para Hemón es la prudencia que es infundida por los “dioses” el bien que permitirá dictar leyes justas y saludables para el pueblo, y que a su vez no permitirá cegar a la autoridad por creer que lo pensado, dispuesto y regulado por él será lo más beneficioso siempre.

### c. La postura de Ismene

Si bien el personaje central de nuestra historia es Antígona, Ismene, tampoco resulta un personaje menor; pues es justamente con una conversación entre ésta y Antígona, con que inicia la historia narrada por Sófocles.

Este personaje tiene una postura de obediencia absoluta hacia las leyes emanadas de un gobierno legítimo, en este caso, la prohibición expresa dada por Creonte de enterrar a su hermano Polinices, aunque ella misma sabe que contraviene el orden moral y divino preestablecido.

Si bien Ismene considera las leyes divinas, prefiere ignorarlas y superponer las humanas, a fin de preservar su propia vida y honra. Pareciese no comprender que el difunto ¡es su hermano!, ignora su propia conciencia, sus afectos, lo moral y normalmente aceptado por la *polis*, como es brindar honores fúnebres a cualquier difunto.

Pareciese que, para ella, lo divinamente establecido se encuentra por debajo de lo humano, ella prefiere traicionar su propia naturaleza

y las leyes divinas o leyes naturales, que contradecir la autoridad, por considerarse débil e impotente para defenderse o rebelarse.

Si bien en un momento se declara culpable del delito de Antígona, lo hace por una cuestión de remordimiento tardío, más que por una convicción hacia las leyes divinas. Incluso sus motivaciones se muestran egoístas, pues sabe que, a la muerte de Antígona se quedará totalmente sola, lo cual se evidencia cuando entre lágrimas cuestiona: “¿qué atractivo tiene la vida para mí, si me quedo sola, sin ésta?”

Tal como lo manifiesta la propia Antígona, ambas estaban convencidas de que su actuar era el correcto, es decir, Antígona desobedeciendo la ley dada por Creonte debido a su profundo respeto a las leyes divinas, e Ismene obedeciéndola ciegamente, sin discusión alguna, aunque fuese simplemente por profundo temor y enferma cobardía.

Ismene personifica a un sector poblacional arraigado en cualquier parte del mundo, que se siente débil y sin recurso alguno para oponerse a un gobierno aparentemente legítimo pero tirano, por miedo o temor al castigo, al señalar - negando su ayuda a Antígona- que: “(...) Yo no hago desprecio de eso, sólo que nací incapaz de actuar y oponer resistencia a nuestros conciudadanos.”, lo que evidencia que la ley o norma considerada para la mayoría como “injusta” puede ser acatada sin problema por un sector minoritario o mayoritario, que por temor o falta de valor, permitirían las más aberrantes dictaduras, como de las que históricamente ha sido testigo el mundo.

#### d. La postura del mensajero

El mensajero hace su aparición, en un primer momento, como portador de una mala noticia al rey de Tebas: alguien ha osado desobedecer su recientemente dictada ley.

Este personaje, timorato desde el principio, se muestra en todo momento, acomodadizo, tanto a las leyes divinas como a las leyes humanas. Su principal motivación es la supervivencia. Por un lado, tiene dudas sobre si los honores dados al cadáver de Polinices puedan provenir de los dioses, sin embargo, no dudará en ninguna circunstancia de dar cumplimiento a las órdenes impuestas por Creonte.

Es el tipo de persona o funcionario que lo único que busca es evitarse incomodidad o molestia alguna, siendo servil con aquel que demuestre detentar efectivamente el poder. No tiene convicciones arraigadas respecto a ninguna ley -ni humana ni divina- sólo muestra apego a la que le sea más conveniente y le permita preservar su existencia.

Cuando trae a Antígona presa ante Creonte, señala que: “(...) el verse uno libre de los peligros que le acechan es cosa sumamente dulce, pero meter en peligros a los amigos es triste. Sin embargo, es natural que yo tome todos estos inconvenientes en menos que mi propia salvación”. Como se advierte, la conducta de este personaje es antiética, egoísta, siempre buscando el bienestar propio, aún a costa de las desgracias ajenas.

#### e. La postura de Tiresias

Este personaje es aquel que viene, según mi criterio a hacer defensa de los dioses y de la ley divina. Tiresias es el “intérprete” del designio de los dioses, el cual hace reflexionar a la autoridad y el que a su vez le entrega la resolución que los dioses del tienen en contra del tirano por no haber actuado con prudencia.

Le hace notar que un gobierno tiránico que va en contra de lo divinamente establecido no podrá ser eterno o al menos duradero. Este hombre refleja en buena cuenta que las leyes dadas en contravención con lo divino o la ra-

zón tarde o temprano terminan con fúnebres desenlaces, como el de la historia.

Tiresias hace ver que existen dos tipos de competencias una que proviene de los dioses y otra que les atañe a los hombres. Le hace entender los límites que este tiene, y los cuales él mismo ha rebasado. Así augurando el nefasto final de su parentela, le increpa diciendo:

“... has arrojado abajo a una persona propiedad de los dioses de arriba y has enterrado su vida indignamente dentro de un sepulcro, y, por otro, mantienes aquí, por el contrario, un cadáver propiedad de los dioses de abajo, expoliado en sus derechos, exento de honras fúnebres, execrado. Dioses infernales sobre los que ni tú ni los dioses de arriba tenéis competencia y, sin embargo, sufren por ti este acto de fuerza”.

#### f. La postura de Antígona

La figura de Antígona en la historia es sin más admirable, pese a ser excesivamente joven, lo que se desprende del hecho de entender que las mujeres en Grecia se casaban a los catorce o quince años. Sin embargo, su aparente corta edad no fue obstáculo para ser poseedora de una actitud valiente y decidida que la lleva a ser considerada por muchos una heroína, con una actitud intrépida, inimaginable en una mujer de su época, resultando adelantada y hasta excéntrica a su tiempo bajo cualquier punto de vista.

Sófocles retrató a una mujer no existente o no concebida en el tiempo en que se desarrolla la historia, menos aún imaginada dentro del círculo social en que vivía Antígona, pues era parte de la familia real, una mujer sin libertad de expresión alguna, pues como señala Ian Jenkins (1998, p. 16) “cuanto mayor era el

status social de una mujer, la libertad de que podía gozar era menor”.

Lo dicho se reafirma, cuando su hermana Ismene, concedora de la decisión que ha tomado Antígona de enterrar y rendir honores fúnebres al cadáver de su común hermano Polinices, la intenta persuadir diciéndole:

“(...) conviene darse cuenta, por un lado, de que nacimos mujeres, lo que implica que no estamos preparadas para combatir contra hombres; y, luego, de que dependemos del arbitrio de quienes son más fuertes en cuanto a acatar estas órdenes y hasta otras más dolorosas todavía”.

Como se advierte, si ya de por sí era reprochable la oposición o desacato a una ley dada, lo era más si la misma era encabezada por una mujer.

En la historia, Antígona se opone a acatar una orden dada por el representante de un gobierno cuya designación se realizó dentro de un marco de aparente legalidad: Creonte -quien era el llamado a suceder en el trono a Edipo según las leyes y tradiciones de la época-, por considerar que tal mandato contravenía lo dispuesto por los dioses del Hades y por el llamado natural que -como hermana de Polinices- tenía de honrarlo y darle los honores fúnebres correspondientes.

Antígona estaba convencida, de que existió siempre un derecho y un gobierno superior -el de los dioses o el de su propio ser natural- con el cual no se puede negociar- y que por defenderlo estaba dispuesta incluso a morir, considerando dicha muerte como un gran honor.

Antígona tiene, no un terco celo por simplemente contrariar a un tirano, sino un profundo amor y compromiso con las leyes di-

vinas, un deber y una profunda lealtad a su propia conciencia. Podría decirse que en Antígona se desarrolla muy tempranamente la noción, de la tan debatida objeción de conciencia: ella prefiere violar una ley humana que va en contra de una ley divina que forma parte de sus más entrañables convicciones.

Así, si entendemos a la objeción de conciencia como: “la pretensión pública individual de prevalencia normativa de un imperativo ético personalmente advertido en colisión con un deber jurídico contenido en la ley o en un contrato por ella tutelado” (UNAM, 1998, p. 7), tendríamos evidenciado, que todas las características atribuidas a tal concepto calzan perfectamente en el actuar de Antígona.

Si bien en un principio intenta convencer a su hermana Ismene de ayudarla a enterrar a su hermano, luego desiste, no sólo por la evidente cobardía de su hermana, sino porque entiende que, de hacerlo se vería impelida a ello, pues no comparte su entrañable respeto por las leyes divinas. Antígona sabe además que si bien estas leyes divinas son inmodificables, pueden dejarse de observar convenientemente por cualquier mortal y así lo asume.

Esta mujer se encontraba convencida que su actuar era el más apropiado. No es mera obcecación irracional. Ella entendía y creía que las leyes divinas no escritas se encontraban indefectiblemente por encima de cualquier ley humana u orden establecidos.

Para Joaquín García-Huidobro (2002, p. 19): “La actuación de Antígona no es el fruto de una aplicación mecánica de ciertos imperativos abstractos. Ella mantiene los ojos abiertos para las exigencias divinas precisamente porque está movida por algo tan concreto como el amor a su hermano muerto”, y es precisamente que movida por dicho sentimiento transgrede abiertamente la ley dictada por Creonte.

Ese amor por su hermano, ese mandamiento de amor, resulta ser -a decir de Santo Tomás de Aquino citado por Luis Fernando Barzotto- “(...) un precepto que se cuenta entre “los primeros y comunes (prima et communia), que no necesitan promulgación, porque están escritos en la razón natural como de suyo evidentes (per se nota)” (Etcheverry, 2013, p. 63); es decir, este sentimiento de profundo amor hacia su hermano Polinices forma parte de aquellas leyes no escritas que ella invoca en su defensa ante Creonte. Antígona responde con vehemencia:

“Es que no fue Zeus, ni por asomo quien dio esta orden, ni tampoco la Justicia aquella que es convecina de los dioses del mundo subterráneo. No, no fijaron ellos entre los hombres estas leyes. Tampoco suponía que esas tus proclamas tuvieran tal fuerza que tú, un simple mortal, pudieras rebasar con ellas las leyes de los dioses anteriores a todo escrito e inmutables. Pues esas leyes divinas no están vigentes, ni por lo más remoto, sólo desde hoy ni desde ayer, sino permanentemente y en toda ocasión, y no hay quien sepa en qué fecha aparecieron. ¡No iba yo, por miedo a la decisión de hombre alguno, a pagar a los dioses el justo castigo por haberlas transgredido!”

Antígona es clara en señalar que no obedecerá a ninguna ley que transgreda lo señalado por los dioses, por la justicia, o por consenso de los hombres. Invoca leyes anteriores a las que Creonte pretende imponer, leyes que no cambian, y que- por ser benignas y justas- son aceptadas por todos los hombres.

El dilema que experimenta Antígona también es experimentado en nuestra época, en los que muchas veces cualquier ciudadano debe elegir entre obedecer una ley que consi-

dera contraria a su propia conciencia o a las leyes divinas.

Ahora bien, debemos tener en cuenta que cuando el Estado como parte del poder regulador y coactivo emite leyes tiene límites, no pudiendo admitirse respecto al Estado o a un gobierno que lo personifique, ciega obediencia.

La posición de Antígona se ve reflejada no solo en una época histórica de concepciones religiosas politeístas, sino también en una época en la que las mismas empiezan a ser dejadas de lado como en la época del crecimiento y expansión del cristianismo, reflejándose esto en palabras del apóstol Pedro ante la orden también de un gobierno tiránico y reprimente al señalar: “¡Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres!” (Hch. 5: 29- Santa Biblia).

De lo expuesto se tiene entonces que en definitiva existirá siempre conductas por parte de ciertos sectores que se rebelarán ante lo que se puede considerar un derecho injusto pese a estar revestido de las formalidades que a dicho gobierno se atribuye, por existir dentro de la concepción humana un derecho superior (no siempre emanado de un Ser Supremo sino también de la razón).

Para Antígona, existió siempre un derecho y un gobierno superior -el de los dioses o el de su propio ser natural- con el cual no se puede negociar y que por defenderlo estaba dispuesta incluso a morir.

Esta resolución de Antígona denota por tanto que es posible oponer resistencia a un gobierno tiránico o a una ley “injusta”, si existe algo superior como la divinidad o la razón.

Si bien Antígona es considerada por la mayoría de los autores como un tipo de heroína, es menester también señalar que: “(...) en la Alemania nacionalsocialista, y en general en el nacionalismo germano, la figura de nuestra heroína es vista como un elemento disolvente del Estado, como un factor perturbador de la moralidad social” (García Huidobro, 2002, p. 17), y esto es manifiestamente entendible, puesto que bajo tales regímenes no se admite más que obediencia ciega a ley dictada por quien personifica al Estado: el tirano; aun cuando dicha obediencia sea por temor o terror.

## II. A MANERA DE CONCLUSIÓN

La obra materia de análisis muestra una lucha incesante entre el orden divino y el orden humano. Creo que la pregunta que emana de dicha historia es: ¿Se debe obedecer a lo humano o a lo divino? Creo que la respuesta la encontramos en la postura o actitud que tomó el prometido de Antígona: Hemón, al no rebelarse abiertamente contra la orden o el gobierno establecido, sino que -haciendo uso de la razón- llegó hasta la conclusión de que si una ley o una norma deviene en manifiestamente injusta, deberá obedecerse a un orden superior, a las “leyes divinas” no escritas, las que no necesariamente hayan sido dictadas o establecidas por una divinidad o en un texto sagrado, sino a algo que llamaríamos razón, pero no una de tipo caprichosa o particular sino una razón tomada en consenso y que resulte ser beneficiosa sino para todos, al menos para la mayoría.

Creo que Antígona, deja una evidente moraleja: “Las leyes dictadas contraviniendo “leyes divinas” o que mínimamente provengan de la razón de los hombres pueden terminar con finales caóticos o funestos, como el evidenciado en Antígona.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ETCHEVERY, J., *Ley, moral y razón. Estudios sobre el pensamiento de John M. Finnis a propósito de la segunda edición de Ley natural y derechos naturales*, Instituto de investigaciones jurídicas - UNAM, México, 2013.

GARCÍA-HUIDOBRO, J., *Filosofía y retórica del iusnaturalismo*, Instituto de investigaciones jurídicas - UNAM, México, 2002.

JENKINS, I., *La vida cotidiana en Grecia y Roma* (Vol. 3). Ediciones AKAL, Madrid, 1998.

UNAM, *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas. Objeción de conciencia*, Instituto de investigaciones jurídicas-UNAM, 1998.

